

Jorge Guzmán

# Universidad y aventura

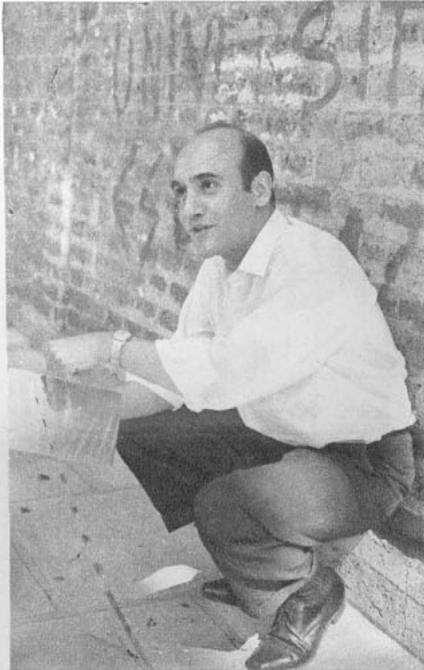
**J**ORGE GUZMAN CHAVEZ (37, catedrático de Estética Literaria y Literatura Clásica en la "U") apareció en las letras nacionales con su cuento "El Capanga", que le valiera hace más de diez años el premio "El Mercurio", consistente en monedas de oro. Desde aquel entonces se habló de él como autor de ese único relato. Pero hace algunos meses dio el golpe más inesperado para los manejadores de cábalas: estuvo a punto de convertirse en el primer chileno que ganara el prestigioso premio de novela Seix Barral, de España. Finalmente, en fallo fotográfico, se le asignó el primer lugar a Carlos Fuentes. Después de larga espera, su libro "Job-Boj" llegó a las librerías chilenas y ya los lectores gorgorean el curioso título esperanzados de hallar en él un tónico para nuestra narrativa.

El relato de Guzmán no tiene nada que ver, ni en tono ni en personaje, con lo que es habitual en la prosa chilena. Con mucha variedad de escenarios (Chile, Bolivia, USA) sazona con personalísima visión peripecias en las que abunda el humor, mezclado con frialdad, pasión, impetuosidad romántica y hasta tensos momentos demenciales. A ratos, la narración cobra un sabor cervantino, y ciertas aventuras podrían filiarse con la tradición picaresca. En cualquier caso, no hay antecedente directo que pueda dar cuenta de la obra. Guzmán escribe como Guzmán y leerlo es una experiencia única.

La riqueza de situaciones y la versatilidad del protagonista (aventurero comerciante en Bolivia, Doctor en Filosofía en USA) tal vez tengan antecedentes en la misma vida de Guzmán. Cuando cursaba segundo en el Pedagógico, viajó a Bolivia a instalar una fábrica de muebles. Allí trabajó dos años, batallando por no dejarse tentar con los discursos de visionarios que le ofrecían jugosas ganancias en "macondianos" cafetales. Un día volvió a Chile de visita y todavía no sabe por qué se quedó.

Con el título de profesor viajó a USA donde, además de "aburrirse como ostra", se doctoró brillantemente en Filología Románica. Su tesis doctoral, "Una constante didáctico-moral en "El libro del Buen Amor", se publicó en México. Sus actuales alumnos del Pedagógico "lo odian a muerte durante los primeros seis meses", hasta que se acostumbran a sus rigurosas exigencias y a su desinhibido lenguaje, momento en que de odiadores pasan a ser "grandes amigos".

Viajó a Europa invitado por el gobierno alemán, y desde su vuelta se



JORGE GUZMAN CHAVEZ  
Tónico para la novela chilena

le ve con una contundente grabadora y textos germanos, tratando de torcerle el pescuezo a la lengua de Heidegger.

Respondió por escrito a un cuestionario de Antonio Skarmeta:

—¿Qué piensa usted de las entrevistas en general?

—De las entrevistas de escritores, en general, pienso que pueden ayudar en algún sentido a configurar la conciencia poética del público. Me parece, sin embargo, que cuando se pretende que los escritores den en ellas más de lo que pueden dar, se atenta contra el público y contra los escritores. Por ejemplo, cuando se quiere que el escritor enseñe al público a leer o diga de viva voz lo que pretendió decir en la novela, la obra de teatro o el poema que escribió, yo creo que se está cometiendo una barbaridad; en efecto, lo que un escritor dice, lo dice en lo que escribe y

desde entonces en adelante la obra no le pertenece a él sino al público.

"Tratar de explicarla o de salvarla de lo que algunos escritores llaman malas interpretaciones, es casi tan insano como sería la actitud de un padre que acompañara a uno de sus hijos de 21 años para que la gente no fuera a mal interpretarlo: "No, vea usted, el chico no tuvo mala intención en esto que hizo". O bien: "Esto que el muchacho está haciendo ahora es en el fondo bueno, vea usted, no lo malinterprete, espere usted un poco". O: "Espere que tenga 30 años, entonces verá". O cualquier otra cosa por el estilo.

—Han pasado más de diez años desde que se publicó "El Capanga", ¿le demoró todo ese tiempo escribir su novela?

—No, escribir esta novela me demoró sólo cinco años. La redacté ocho veces. Seis de estas ocho veces en su totalidad, rehaciendo completamente la narración, pero sólo me tomó cinco años. Los otros cinco los dejé pasar en silencio, porque estaba haciendo otras cosas y mayormente porque no tenía nada que decir. Cuando no se tiene nada que decir, creo yo, lo mejor es no decirlo.

—Hay en su novela un epígrafe del Quijote, y varias frases con sabor cervantino, ¿qué ha significado el Quijote para usted?

—Es muy difícil contestar a lo que usted pregunta, supongo que el Quijote ha significado para mí una enormidad de cosas, pero más que nada un terrible ejemplo vital.

"Porque efectivamente ahí en el Quijote fue donde los hombres vieron por primera vez el diseño real de un destino humano concreto. Lo terrible que tiene es que lo escribió Cervantes; lo bueno que tiene es que lo escribió hace 350 años, y lo otro bueno que tiene es que se aprende allí mucho, mucho, mucho. No todo es naturalmente utilizable, incluso cuando se ha comprendido algo, todavía queda la dificultad de transformar ese algo en imagen, admitiendo siquiera que la tarea tenga sentido.

—Usted ya ha dedicado varios años a la docencia universitaria. Dicen que la universidad imposta las voces y los estilos. ¿Usted lleva doble vida?

—A lo de si llevo doble vida; sí, por cierto, lo más que puedo.

"A lo de que la universidad impone voces y estilos, hay que decir varias cosas. En primer lugar, para un escritor sudamericano y supongo que para cualquier persona que pretenda crear en arte en Sudamérica, la universidad, si es tomada con seriedad, proporciona nada menos que esto: un sustituto para un ambiente donde los encuentros con instancias de creatividad son más bien escasos.

Julio Troncoso

Es decir, la universidad proporciona a una persona que se afana con el arte una base sólida. Naturalmente que las universidades, si se frecuentan demasiado y por demasiado tiempo, terminan por imposter voces y estilos. Quizás más aún que eso, terminan por imposter el cerebro.

"Pero por otra parte, si se las deja a tiempo producen, creo yo, mayormente beneficios. El gran problema de las universidades para la gente que pretende hacer algo nuevo es éste: que las universidades se ocupan mayormente de asuntos del pasado, y el que pretende hacer algo nuevo quiere ocuparse de asuntos del futuro. Por lo tanto, las dos cosas son incompatibles, en último término. Sin embargo, durante un tiempo, para poder intentar el futuro, hay que aprender a pararse bien en el pasado.

—Su novela estuvo en el final del premio "Biblioteca Breve", pero a última hora se premió "Cambio de Piel", de Carlos Fuentes; ahora que ya las dos están sobre la mesa, compárelas.

—Para ser redondamente franco, yo hubiera querido, para quedar más contento, que "Cambio de Piel" hubiera sido mejor de lo que es. Pero francamente puedo decir sin resentimiento alguno que me parece que mi novela es mejor que "Cambio de Piel". Ahora debo aclararle una cosa: el jurado que discernió el premio me merece el mayor respeto y creo muy verdaderamente que ellos juzgaron con absoluta honestidad y que ciertamente las razones que tuvieron para premiar "Cambio de Piel" fueron, en el momento en que se emitieron, enteramente atendibles. Sin embargo, me parece también, con toda honestidad, que "Job-Boj" es mejor que "Cambio de Piel", si no fuera más, por una pura razón (a pesar que no me gusta hablar de estas cosas): me parece que en "Cambio de Piel" hay menos verdad que en la otra.

—La crítica en Chile, ¿es para usted solamente la crítica universitaria o le atribuye alguna importancia a la crítica periodística? ¿Cómo debiera ser la crítica?

—Me parece que usted hace bien en señalar que hay por lo menos dos críticas. La crítica periodística y la crítica universitaria. Naturalmente que esta división es un poco burda, pero de todos modos, como categorías ideales, funciona. Me parece que los dos tipos de críticas son enteramente diferentes, tanto en su función como en su constitución.

"La crítica periodística es ciertamente parte del negocio editorial que se funda en la inseguridad del gusto y a veces en el respeto por algunos personajes; la crítica universitaria, por su parte, pretende actualmente determinar con el mayor vigor posi-

ble la historia de las formas. Yo advierto perfectamente que estoy utilizando un lenguaje técnico, pero, por desgracia, para la explicación de estos términos requeriríamos mucho más espacio del que tenemos aquí. De todas maneras, pongámoslo de este modo: la intención de la crítica universitaria debería ser en todo caso científica, y la intención de la crítica periodística es alcanzar al mayor número posible de público e influir en él.

"Finalmente, claro que no se trata de una diferencia excluyente. No hace mal saber ciencia para hacer crítica periodística. Para prueba, Cedomil Goic. Goic es el mejor crítico científico del país, y eso no le im-



DOBLE VIDA: TODO LO QUE PUEDO  
"Job-Boj": Guzmán-Namzug

pidió ser un excelente crítico periodístico en la Unión de Valparaíso.

—Dentro de poco, quíeralo o no, lo van a meter en el boom latinoamericano. Usted es de otra generación que la de Cortázar, por supuesto, ¿cómo ve el resto de las estrellas?

—Las veo muy bien, gracias. En especial me gustan mucho dos autores: Juan Rulfo y el García Márquez de "Cien años de soledad". El lenguaje de Rulfo es absolutamente inusitado y maravilloso; volviendo al Quijote, creo que desde que se escribió su segunda parte no hubo un tan buen español como el de Rulfo; su originalidad poética en general es asombrosa. Respecto a Gabriel Gar-

cía Márquez, es también excepcional de lenguaje, y bueno, para no recordar más, debo decirle que cada vez que me acuerdo de Remedios La Bella me dan ganas de irme yo al cielo en cuerpo y alma.

—Usted conoce la literatura chilena, ¿es tan mala como dicen?

—Sí, en prosa es bastante mala. Eso no significa, naturalmente, que no haya quien se salve. Personalmente de la generación anterior a la mía, (voy a hablar de personas, no de obras), me parece que el hombre más serio es Carlos Droguett.

"Estoy hablando de prosa naturalmente. Sobre poesía no la conozco lo suficiente para tener opinión.

Ahora bien, lo más salientemente malo de nuestra literatura es su asombrosa falta de garra. Y no lo señalo en contra de nadie, sino simplemente como un dolor personal. Yo quisiera que los narradores no les quedáramos tan chicos al desierto, a la cordillera, a la historia de Chile. Asombran la falta de vigor, la angustiosa y aburrida carencia de vitalidad. La monotonía sicologizante de los manoseados problemas. Y, por último, la general miseria de lenguaje.

—¿Qué está escribiendo ahora? ¿Hay algo que le interesa más que la literatura?

—Contestemos el final primero. Por cierto que todo me interesa más que la literatura: por ejemplo las mujeres, por ejemplo el sexo, por ejemplo lo que se suele llamar naturaleza, por ejemplo el estudio. En rigor, la literatura no me interesa, de la misma manera que supongo que a un corredor no le interesan las carreras.

"Vive para eso, corre, correr es su profesión, lo suyo, no lo que le interesa.

"Ahora, yo tengo una idea muy humilde de la literatura, por eso le digo lo que le digo.

"Creo que hay que acumular todos los materiales que se pueda: palitos, cemento, saludos, besos, flores, sangre, odio, cultura, saber, historia, todo lo que caiga y después ver qué sale. No creo que uno se pueda interesar propiamente en la literatura. Hay gente que me gusta, hay gente que no me gusta; hay cosas que sé, cosas que ignoro; si tengo suerte, eso se puede transformar en algo, si no, no, pero cómo interesarme, propiamente no me interesa.

"Ahora estoy tratando de escribir una novela y estoy tratando también de escribir un ensayo justamente sobre el Quijote. Podría aburrirlo seriamente a usted y a los lectores de esta revista describiendo el ensayo sobre el Quijote. Le ruego que no me pida que describa la novela porque las novelas nonatas se mueren si se habla de ellas. ■